

El mercachifle

Juan José Sena



La Pampa lee

“El mercachifle” de Juan José Sena

Imagen de tapa: *Donde la luz mala aparece*, fotografía de Fabián Muñoz, 2007.

Diseño de tapa y colección: Campaña Nacional de Lectura

Obras cedidas por el autor para esta publicación

Colección: “La Pampa lee”

Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología

Unidad de Programas Especiales

Campaña Nacional de Lectura

*Pizzurno 935. (C1020ACA) Ciudad de Buenos Aires. Tel: (011) 4129-1075
campnacionaldelectura@me.gov.ar - www.me.gov.ar/lees*

República Argentina, 2007

EL MERCACHIFLE

JUAN JOSÉ SENA

En aquel preciso lugar donde se decía que los pequeños Dietrich habían sepultado a su padre -negándose a transportar sus restos al cementerio de Parera, como se acostumbraba a hacerlo con todos los vecinos que morían en el Quetrequén de principios de siglo, que no tenía camposanto- era, según contaban los troperos que sabían pasar de noche por el camino que conducía de Realicó a Rancul, el sitio de donde partía una luz mala y de donde, asimismo, provenía un llanto.

Cuando las cabalgaduras percibían el reflejo de la luz en las alambradas que bordeaban la huella y escuchaban el eco de la voz quejumbrosa, se encabritaban y, entre corcovos y esguinces de terror, daban vueltas y vueltas en torno del mismo sitio, se refregaban con furia contra las alambradas y sólo cuando los jinetes, sobreponiéndose al profundo miedo, les azotaban las ancas y les causaban un dolor más atroz, volvían a retomar la senda a galope tendido, en medio de relinchos que eran como los alaridos del mismísimo diablo.

Cuando llegaban al poblado y contaban aquello, al principio nadie lo quería creer. Después no fueron pocos los que arrimaron en el palenque de la fonda sus caballos heridos, todavía bufando y con las crines tensas. Con el correr del tiempo, nadie que hubiera sido avisado -al salir de Parera o viniendo de la Cañada Verde- se aventuraba a discurrir por allí. El espanto comenzó a ser común. Las historias que se contaban a la luz del farol, en todas las chacras que rodeaban a aquélla en que vivían los Dietrich, giraban siempre en torno de la luz mala y el lamento escuchado. En el pueblo de Quetrequén la imaginación iba siempre mas allá y tras cada jornada se aderezaban los relatos con nuevos agregados. Llegó a decirse, entre otras cosas, que los pequeños Dietrich vivían en comunicación con el diablo y que la mayor de las muchachas -de tan sólo once años-, que se había dejado crecer el cabello hasta los pies, y cuyo cuerpo no admitía otro abrigo que su propia pelambre, era bruja.

Vivían los pequeños Dietrich en total soledad. Y su casa fue, poco a poco, transformándose en tapera. El padre, Nöel Dietrich, alsaciano como mi abuelo, había sido de los primeros en arrendarles tierras a los latifundistas del norte de La Pampa para sembrar en ellas trigo, maíz y alfalfa. En el pequeño monte que se tendía sobre la loma, desde donde podía divisarse el pueblo y que cuando murió le

servió de sepulcro, el viejo Dietrich había llegado a tener en los mejores tiempos más de cincuenta vacas y más de un centenar de ovejas. Luego las cosas en La Pampa no anduvieron del todo bien y el viejo Dietrich comenzó a vender vacas y a retirar del Banco de Realicó gran parte del capital que había conseguido ahorrar.

La sequía, por aquel tiempo, comenzó a hacer estragos, y mucha gente abandonó los campos y se trasladó en éxodo a la capital del país.

El viejo Dietrich hacía tiempo que se las veía venir pero no obstante persistía en su puesto. Con él vivía una muchacha india, de las últimas que quedaban, que había sido descendiente del Cacique Epumer, Señor de Leuvucó, tierras aquellas de donde el viejo Dietrich la había recogido por los tiempos en que la dominación de los ejércitos de línea al mando del General Racedo habían arrojado a la sepultura del recuerdo lo que quedaba del imperio ranquel. La mujer de Dietrich era en verdad una hermosa mestiza, de pequeña estatura, negro cabello duro y lacio, dientes muy blancos y bien esmaltados, rasgo éste muy raro de encontrar en su raza, aún tratándose de una mestiza, ya que por lo común los indios de esa zona -quizá por efecto de lo salobre de las aguas- los tenían manchados, y, rasgo más extraño aún, unos inmensos ojos grises, encapotados casi siempre por la tristeza de los párpados que le almendró la raza.

El viejo Dietrich la quería a su modo. Era alemán a ultranza y sólo una mujer de su casta hubiera merecido su estima, ya que tratándose de alguien tan duro como el viejo Dietrich, hablar de amor sería, en cuanto a sentimientos, aventurarse demasiado. La tenía consigo como puede tenerse un animal de hogar, pongamos por caso un perro vigilante, o bien una maquinaria humana pudorosa, capaz de servidumbre y silencio, lo cual equivaldría a decir un ser idóneo para poner al fuego todos los días a la misma hora un buen puchero, lavar la ropa de la gente, hacer desaparecer el polvo de los cuartos -que el viento depositaba con incansable persistencia por entre las rendijas de puertas y ventanas, viniendo de los médanos-; y capaz, asimismo, de no negarse de cuando en cuando a compartir el lecho de un hombre solitario, un poco extraño, es cierto, pero atractivo al fin, con esa magia de todo lo que viene de lejos y que, en su caso, sería muy difícil determinar si procedía de ese cabello ensortijado y rubio o de esos ojos de un azul de añil que miraban largamente las cosas paseándose por sobre los objetos y los hombres, sin hacer diferencias, como si todo fuera un mismo mar o como si la vida ya no pudiera depararle sorpresas.

Los separaba una larga diferencia de edad. Ella debía tener aproximadamente quince años cuando él dio en encontrarla mientras vagaba por un oscuro caldenar, las crenchas chamuscadas por lo que quizás, pudo haber sido la última desesperada defensa de su indiada, oponiendo las bolas y las tacuaras a las balas certeras de la

brigada del Capitán Ambrosio. Él, para entonces, había pasado la treintena y desde su llegada a Europa, siete años atrás, se había dedicado a oficiar de mercachifle por toda la zona en que las tropas del gobierno iban ganándole al desierto. Era dueño de una carreta tirada por cuatro bueyes y su llegada era esperada a todo lo largo del recorrido que se había impuesto con exclusividad, con la misma alegría con que los niños de su tierra aguardaban en cierta noche de diciembre la llegada del Buen Padre Noël. El viejo Dietrich, casualmente, se llamaba también Noël, pero por cierto que lo que llevaba consigo no eran juguetes, aunque quizás en ciertas ocasiones encargase a sus proveedores en Río Cuarto, Villegas o Trenque Lauquen esas pobres muñecas de trapo que llamaban “Peponas” y que servían para causar contento a las humildes niñas de la llanura. Las mercaderías con que de ordinario cargaba su carreta eran los grandes canastos de galleta, inmenso pan capaz de resistir en grado comestible durante largo tiempo. Infaltables eran asimismo las alpargatas de yute y algunas resistentes piezas de género color bataraz, apropiadas para confeccionar bombachas, y también telas de colores chillones para que se luciese el hembraje cuando se armaba el baile, primero en los fortines y después en las chacras.

De esta manera el gringo Dietrich fue formando de a poco su capital (jodiendo gente, según las malas lenguas dispuestas en cualquier coyuntura a desflecar ponchos ajenos). Lo que yo sé es que no había por aquel entonces muchos mercachifles como el amigo Dietrich, capaces de recorrer esa desolación y de sufrir esas penurias, de oponerle la cara al obstinado viento de La Pampa con altanero gesto de silencio. Lo cierto también es que esa vida iba volviendo viejo a grandes zancadas al mercachifle Dietrich. Los surcos de las arrugas se le fueron ahondando antes de tiempo. Hasta que cierto día de primavera, cerca de fin de siglo, parado frente al espejo de algún penoso cuarto de fonda pueblerina, debió haber hecho el recuento, como un balance de almacén y de vida, de lo que en patacones y penas le había deparado el desierto.

Y allí nomás, frente a su propia imagen desteñida de tiempo, debió haberle aparecido la decisión, casi como una jura y hasta con algo de desprecio por aquello que hasta el momento venía siendo: Dietrich, el alemán, el mercachifle gringo, ése que bebe su ginebra a solas cuando acaba el reparto, ése que nunca fue a bailar a las chacras, ése al que nunca se vio discutiendo con hombre alguno, ese engreído, en fin, al que jamás descubrió nadie siguiendo con la vista el paso perezoso de una mujer.

“Voy a arrendar un campo -se dijo para sí-. Tendré vacas y ovejas. Pondré un tambó. Esquillaré para vender la lana. Con el correr del tiempo tendré mi propia feria. Seré rematador. Y voy a arar la tierra también, y sembraré cereales: trigo,

maíz, centeno. La tierra de La Pampa es buena. Si el agua de la lluvia no se niega, será mucho más fértil. Habrá grandes cosechas. Si todo marcha bien, con lo que logre ahorrar en cinco años, podré volver a Europa.”

De las relaciones entre el ex-mercachifle y la mestiza nacieron cinco hijos. Él, mientras tanto, fue realizando sin mayores impedimentos todos los deseos pronunciados delante del espejo de aquella triste fonda. Sus negocios le habían ido mejor de lo pensado. Sus relaciones con la gente de los contornos fueron siempre de una sobriedad y discreción linderas con la indiferencia. Lo que a Don Noël Dietrich le interesaba eran sus negocios. La vida de relación, a la que tan poco estaba acostumbrado, hubiera significado para él un suplicio o una concesión harto penosa, considerando que se pensaba superior a los demás colonos que poblaban las cercanías, provenientes en su mayor parte de las colinas del Piamonte. Con estos chacareros, lo único que intercambiaba era un leve saludo, y las palabras que le dirigía cuando se trataba de llegar a un acuerdo en cuestiones relacionadas con la consignación del trigo y el remate de hacienda, eran tan sólo las imprescindibles. Por eso mismo, quizá, se lo buscaba cuando se trataba de dirimir una espinosa cuestión suscitada entre chacareros vecinos en lo que hacía a la parcelación de lotes y distribución de los alambrados, como así también en todo lo referente a los males que afectaban a los sembrados o a las enfermedades que postraban a la hacienda vacuna. Todo esto daba a Noël Dietrich cierto carácter de sabio y manosanta que algunos supersticiosos ignorantes supieron vincular con los poderes demoníacos de que se decía estaba investida su mujer.

A su mujer nadie la pudo ver jamás. Incluso se pensaba que no sabía hablar el español. Vivió siempre retraída en sus habitaciones, y cuando alguien llegaba a la casa en ausencia del hombre, se escabullía hacia el interior -los visitantes escuchaban el sonido de las trancas y el maniobrar en los candados- y desde la única ventana sin rejas que daba hacia el molino, les soltaba los perros. Los visitantes, entonces, huían aterrorizados.

Los niños, a medida que iban creciendo fueron adquiriendo la misma actitud reconcentrada y esquiva de la madre. Nacían, asistida ella por el propio cónyuge. Jamás una comadrona del pueblo pudo vanagloriarse de haber cortado el cordón umbilical de un Dietrich. Es así como los pequeños transcurrieron su vida de la infancia entre los cuartos sombríos del viejo caserón de techo de dos aguas, y en días de verano se los solía ver desde el camino bañándose desnudos en el inmenso tanque de doce chapas, al lado del molino, del que pendía en su parte más alta un gran abecedario cuyas letras habían sido dibujadas utilizando pintura negra y

escarlata, señal, el abecedario aquel, de que don Noël Dietrich se preocupaba por la instrucción de sus pequeños y esto en grado tal que cuando la maestra de la escuela de Quetrequén, señorita Marga Violini, se llegó hasta la casa de los Dietrich cumpliendo con el censo que el Ministerio de Educación le había encomendado hacer, casi sufre un desmayo al comprobar que el menor de los niños -que acababa de cumplir cuatro años- leía y escribía correctamente, y la mayor -de ocho- no sólo conocía a la perfección la gramática del castellano sino que, por añadidura hablaba y escribía alemán y francés como su propio padre. Los niños quedaron igualmente censados pero jamás concurren al colegio del pueblo. Por otra parte, no hubieran tenido nada que aprender, a excepción de las marchas patrióticas, los retóricos discursos de los maestros y los medievales castigos en el cuarto oscuro con el puntero o la palmeta.

La vida de los Dietrich transcurría en medio de la paz y el misterio. Mundo de indescifrable clave, bajo siete candados, velados a la curiosidad del pueblo -siempre ávido por conocer el fuego de pequeños infiernos que arden en cada hogar- por un halo de superioridad y brujería que nadie logró difuminar jamás.

Pero esa vida de aislamiento y soberbia no llegó a durar mucho. Cierta día de invierno, a principios de siglo, cayeron al pueblo de Quetrequén, por primera vez los gitanos. Venían en grandes carromatos parecidos a los que sabían usar los mercachifles y el mismo Dietrich en sus viejos tiempos. El pueblo los recibió con desagrado y les cerró las puertas. Durante los días que permanecieron en Quetrequén ningún niño o mujer se aventuró a pasearse por las calles. Se retiraron de la galería y los patios todos los utensilios y herramientas que podían ser objeto de robo, y los dueños de la casa de ramos generales apostaron en la puerta de entrada dos guardianes con rifles.

Temerosos de la depredación y la inmoralidad de los recién llegados, una semana después del día del comienzo de la extraña invasión, y a eso del atardecer, se hallaron reunidos en el único salón de recepciones con que contaba el Municipio, el Comisionado Municipal don Braulio Bertolino, el Juez de Paz don Marcelo Pellat, el Comisario don Gustavo Hermelo, la maestra de grado señorita Marga Violini, y la directora del establecimiento, señorita Dora Battistón. Después de largas discusiones, al cabo de las cuales se dejó elaborada un acta de cuya redacción quedó encargada la señorita Battistón por ser la única del pueblo que poseía buena letra y correcta ortografía -e incluso tenía fama de poetisa- y, entre diversas cláusulas, la más importante era la que se refería a la moción presentada por el Comisario Hermelo, un hombretón fornido cuya voz hacía enmudecer de

terror a los forajidos cuando irrumpía en los fandangos y que de simple milico había, en poco tiempo, ascendido a comisario del pueblo merced a una meritoria foja de servicios, entre los que se destacaban la bravura y astucia demostrada persiguiendo cuatrerros.

La moción del Comisario Hermelo consistía en “nombrar al estimado y honorable vecino de este pueblo y campaña, don Nöel Dietrich, de edad de mas o menos unos cincuenta años, para que represente a los aquí reunidos, debido a la inesperada circunstancia de haber acampado en la plazoleta de la estación de esta localidad una tribu de gitanos ladrones y pendencieros, herejes y sembradores de daños y desdichas. El citado Nöel Dietrich deberá enfrentar al jefe de la tribu y ordenarle que abandone la zona con su gente antes de que aparezca el alba del día de mañana, en nombre de este pueblo y de sus autoridades representativas, de cuyas facultades quedará investido el nombrado y hasta tanto durare su gestión”.

Avisado que fue don Nöel Dietrich de la decisión adoptada por las fuerzas vivas reunidas en el “Salón de los Acuerdos” del Comisionado Municipal, montó sobre su blanco parejero y se adentró en el anochecer de las huellas que separaban su misterioso predio de aquel pequeño pueblo temeroso y cobarde.

Cuando entró por sus calles lo hizo con la cabeza en alto, como todas las veces. No se detuvo ante ninguna casa. Tras puertas y ventanas, duramente cerradas con doble tranca, los vecinos del pueblo lo veían pasar y no podían menos que admirar el trote soberbio del caballo y la prestancia del jinete. Cuando llegó a la plaza de la estación, desmontó y anudó las riendas en un poste del alambrado.

Caminó lentamente. La luna reverberaba brillándole en la cadena del reloj que pendía lánguidamente del bolsillo de su chaleco. Buscó durante un rato entre las sombras vencidas de las carpas una figura humana. La halló por fin y pidió ser llevado a presencia del Gran Gitano. Pocas palabras dijo cuando estuvieron frente a frente, las solas, esquemáticas frases que la señorita Battistón había dejado escrito que se debían pronunciar. Al Gran Gitano se le nubló la vista de impotencia y de rabia. Medio borracho como estaba, balbuceó maldiciones en una lengua extraña que no era el castellano pero que Dietrich comprendía, y que seguro le tocaron muy, pero muy adentro porque no permitió que el vil sujeto continuara insultando e invocando a quién sabe qué maléfico dios. La sombra de su brazo se recortó sobre la enclenque figura del borracho y le dio de fustazos hasta que le empezó a brotar fogosa la sangre de la cara.

A la mañana siguiente los habitantes de Quetrequén vieron amanecer con una extraña calma, un cielo claro, huérfano de nubes, sin canto de calandrias. El primer

madrugador que atinó a merodear por el lado del bulevar, desde donde la tarde anterior podía verse a los turbios gitanos remendando sus carpas, esta vez no los vio. Enseguida cundió la buena nueva. El viejo Noël Dietrich había cumplido su comisión con todo éxito. Entonces los niños salieron a descubrir de nuevo las calles como si desde la última vez que habían pisado sus arenas hubiera transcurrido una noche muy larga. Se quitaron las trancas de puertas y ventanas. Volvieron a sus lugares en las galerías y en los patios las herramientas y los utensilios. Las mujeres aprovecharon el lindo día de sol para lavar su ropa. Los hombres volvieron a sus ocupaciones sin aprensión alguna y los dueños del almacén de ramos generales retiraron a los dependientes que habían apostado como guardianes en la puerta de entrada. A poco rato se pudo ver a los vigorosos centinelas de siete días y siete noches portando, en vez de rifles de gran calibre, cabelludas escobas. Y la vida en Quetrequén volvió a ser la de siempre.

A mediodía, para festejar el buen suceso, las fuerzas vivas volvieron a reunirse, esta vez en la galería de la escuela. La maestra Violini se había esmerado lo indecible en cocinar unas gallinas a las que había adobado, según su exquisito paladar, con abundante perejil y ajo, en tanto la directora Battistón, que gustaba de poner el broche de oro en todo, se pasó la mañana consultando con extrema atención un recetario de cocina para escoger el mejor postre. La ocasión merecía olvidar por unas horas la didáctica para enfrascarse en la repostería.

La fiestita fue todo un éxito. Poco antes del mediodía se presentó en la escuela don Braulio Bertolino cargando su ya achacoso lomo con una pesada bolsa de galleta. Algo más tarde hizo lo propio don Marcelo Pellat, trayendo entre sus gordos brazos, con ese mismo cuidado con que se lleva un niño, una fuentada de facturas. El último en hacerse presente fue el Comisario Hermelo, el más aclamado de los representantes del pueblo -como que suya había sido la idea afortunada-; venía acompañado por el milico Otta, y cada cual traía, con la misma prevención con que los otros habían aportado lo suyo, una damajuana con diez litros de vino.

De Noël Dietrich nadie se acordó. No hubo ni siquiera uno que lo nombrase, ni cuando menos así como al pasar. No se le dio ni se le restó importancia alguna. Simplemente era como si todo hubiese quedado en la pura idea, en la sola moción, o como si el encargado de hacer realidad dicha propuesta hubiese sido el mismo comisario del pueblo, disfrazado de Dietrich para evitar sospechas, como cuando para perseguir a los cuatrerros cambiaba su uniforme por miserables ropas transformándose en croto.

La fiesta prosiguió alegremente -con baile y todo- hasta que, a eso de la siesta,

vinieron unos paisanos a buscar al Comisario Hermelo porque unos chicos que cazaban torcazas por las afueras del poblado tropezaron de repente con algo que parecía un hombre, con la cabeza hundida en una vizcachera y las hormigas que iban y venían entrecruzándose por los senderos de carne de lo que tenía todo el aspecto de unos nervudos brazos en tanto que de aquello que parecía ser la espalda descendía un delgado hilo de sangre ya coagulada por el sol.

El comisario llegó a eso de las cinco. El cabo Otta puso sus manos sobre aquello que parecía un hombre por el lugar donde, de serlo, debían encontrarse los hombros, y extrajo la cabeza del agujero de la vizcachera en la que se encontraba empotrada. Antes de volverlo de espaldas y refregarle manojos de pasto puna por la costura para verle la cara a éste que, sin duda alguna, pensaban, debía ser un linyera de los tantos que, por aquellos tiempos, andaban y desandaban el norte de La Pampa, el Comisario Hermelo notó la cuchillada. Mirándolo al milico Otta, a quien un poco le temblaban las manos, el comisario dijo serenamente: “Lo han matado a traición”.

Ordenó a su subordinado que lo diese vuelta. Quizás alguno de entre los curiosos que rodeaban la escena pudiera recordar haberlo visto mendigando en las chacras o haciendo noche en las taperas.

El comisario estaba bien plantado, como a tres metros de distancia, dirigiendo los pasos de su disciplinado auxiliar, soberbiamente, tal como un general pudiera hallarse, a prudente distancia, dirigiendo maniobras militares.

El cabo Otta procedió lentamente, como era su manera de ser. Primero le quitó el barro con un refriegue de pasto y cortaderas, después se hizo traer un balde de agua de la chacra de enfrente y con un trapo húmedo fue descubriendo los rasgos.

Una vez que hubo dado fin a su tarea, se volvió hacia su jefe que lentamente fumaba su cigarro apoyado a un caldén, y señaló hacia el cuerpo tendido, todo manso y ya con pura forma de cristiano, haciéndolo con cierto orgullo, como si hubiera sido un aprendiz de escultor y hubiese dado fin a una cabeza en yeso que bien pudiera llegar a reportarle un premio. Una débil, indecisa sonrisa se le dibujó en el borde derecho de los labios. Pero la sonrisa se le fue haciendo mueca y luego amargo rictus de sorpresa y de miedo al ver cómo su jefe, el Comisario Hermelo, el hombre más macho y fiero del norte de La Pampa, terror de los cuatros y -desde la noche anterior y para siempre, por esas ironías del destino, injusticias humanas o errores de la historia- terror también de los gitanos, iba empalideciendo cada vez más y más, la vista fija en la cabeza que el milico acababa de descubrir y en la que era del todo imposible dejar de reconocer que no era otra sino que la del viejo Dietrich.

JUAN JOSÉ SENA

Nace en General Pico, La Pampa, en 1944. Realiza estudios de Antropología, de Filosofía y de Letras en las Universidades de Buenos Aires, La Plata y La Pampa. Ha ejercido el periodismo y la docencia en los tres niveles de enseñanza. En 1976 la Universidad de Panamá le otorga el Premio Internacional de Cuentos por el cual en 1977 le publica su libro *La última noche del imperio*, reeditado en La Pampa en 1992 (Fondo Editorial Pampeano). En 1977 vuelve a ser premiado en Panamá por su libro de cuentos *Los condenados de este mundo*. Durante muchos años se ha dedicado a la coordinación de talleres de creación literaria. Algunas de sus obras figuran en diversas antologías de su provincia y en publicaciones literarias del país y del exterior. Vive actualmente en su ciudad natal.



PRESIDENCIA *de la* NACIÓN

MINISTERIO *de*
EDUCACIÓN
CIENCIA *y* TECNOLOGÍA

Ministerio de Cultura y Educación



GOBIERNO DE LA PAMPA

